

LOS DÍAS DEL PEZ.

Tomás Afán Muñoz.

I Premio Ciudad de Las Cabezas de textos teatrales para la infancia y la juventud.



SINOPSIS.

Esta obra habla de la resistencia a los cambios, de la superación de pequeños o grandes cataclismos domésticos y de la adaptación a las circunstancias adversas como las que experimentarán un niño y un hombre mayor en una situación tan inesperada como la de “los días del pez”.

PERSONAJES:

NIÑO. Es un pequeño personaje que vive con asombro una especie de cuento irreal en el que repentinamente se ve inmerso.

HOMBRE. Es un carpintero de edad avanzada que trata de hacer lo más llevadero posible el brusco giro que ha dado su viejo relato.

Escena 1.

Estamos en un extraño interior, o al menos eso vislumbramos porque apenas somos capaces de distinguir la configuración del espacio. Una luz tenue -que a medida que avance la obra irá aumentando de intensidad- ilumina, en un lateral del espacio, una especie de jergón en el que duerme un NIÑO.

NIÑO. *(Despertando.)* Socorro. Socorro.

HOMBRE. *(Entrando en escena.)* ¿Qué te pasa?

NIÑO. He tenido una pesadilla.

HOMBRE. ¿Ah sí?

NIÑO. He soñado que me había devorado un gran tiburón.

HOMBRE. ¿Un tiburón?

NIÑO. Sí, era enorme, tan grande como una casa.

HOMBRE. No me digas. ¿Tan grande como nuestra casa?

NIÑO. Sí. Gigante.

HOMBRE. Bueno, bueno, ya ha pasado, vuelve a dormir.

NIÑO. Deja encendida la luz, por favor.

HOMBRE. ¿La luz?

NIÑO. Sí.

HOMBRE. Está bien, buscaré una vela.

NIÑO. ¿Y mi flexo?

HOMBRE. No está. Pero no te preocupes, la vela es mejor.

NIÑO. No. Prefiero mi lámpara... aunque... no encuentro el interruptor de la luz, qué raro, siempre ha estado en esta parte de la cama.

HOMBRE. No lo necesitamos. *(Encendiendo, al fin, la vela.)* ¿Lo ves? Esta vela da la misma luz que tu vieja lámpara y su brillo es mucho más bonito. ¿A que sí?

NIÑO. Creo que me gustaba mi lámpara.

HOMBRE. Ahora debes dormir.

NIÑO. No sé si podré.

HOMBRE. Claro que podrás. ¿Qué te lo va a impedir?

NIÑO. Sigo teniendo miedo.

HOMBRE. ¿En serio?

NIÑO. Sí.

HOMBRE. ¿Temes que un tiburón te devore a bocados?

NIÑO. Si, uno gigante. Con unos dientes afiladísimos, que le mastican a uno.

HOMBRE. Pero eso no ha pasado. No te ha masticado ningún monstruo. Así que tienes que estar alegre.

NIÑO. ¿De verdad?

HOMBRE. Claro que sí. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

NIÑO. Pues... ¿mi cuarto?

HOMBRE. Sí señor.

NIÑO. No se ve muy bien con esa vela que da tan poca luz, pero... parece diferente.

HOMBRE. Porque estamos en el interior del gigante marino.

NIÑO. ¿Queeee?

HOMBRE. En eso tenías razón. Pero mírate bien ¿te falta algún trozo? No ¿verdad? A mí tampoco. Nos ha tragado de una pieza, y aquí dentro se está la mar de bien. Hay comida, y sitio para dormir, y todo lo que necesitamos. Así que no hay nada de lo que preocuparse.

NIÑO. *(Silencio.)*

HOMBRE. Buenas noches.

NIÑO. *(Silencio.)*

HOMBRE. ¿No me contestas? Ah, claro, seguro que ya te has dormido. Se me da genial tranquilizar a los niños. Voy a mi cuarto a echar una cabezadita.

Sale de escena el HOMBRE.

El pobre NIÑO toma la vela y se agarra a ella como a un salvavidas. Constatamos que tiene los ojos desorbitados y tiembla un poco.

NIÑO. So co rro

Escena 2.

HOMBRE. ¿Cómo has dormido, Pinocho?

NIÑO. Mal.

HOMBRE. Vaya por Dios.

NIÑO. ¿Ya es de día?

HOMBRE. Claro, hay que levantarse, hombre.

NIÑO. ¿Y cómo se sabe?

HOMBRE. ¿Que hay que levantarse? Pues porque lo digo yo que soy mucho mayor que tú.

NIÑO. Digo que ¿cómo se sabe que es de día?

HOMBRE. ¿No lo notas?

NIÑO. Casi nada.

HOMBRE. Entra luz ¿no?

NIÑO. *(Señalando hacia una tenue fuente lateral de luz.)* ¿Eso?

HOMBRE. ¿Sí?

NIÑO. Pero es muy poquita.

HOMBRE. ¿Para qué quieres más?

NIÑO. ¿Y por qué viene de ese lado?

HOMBRE. Por allí amanece.

NIÑO. Qué raro. ¿Y esto es todo lo que hay?

HOMBRE. Es suficiente ¿no crees?

NIÑO. ¿Es el sol?

HOMBRE. ¿El qué?

NIÑO. Lo que produce la luz. Es el sol ¿no?, que está en ese lado ¿verdad?

HOMBRE. No. La luz viene de la boca del gigante marino.

NIÑO. Oh. Entonces...era verdad mi pesadilla del tiburón.

HOMBRE. Anímate.

NIÑO. ¿Eh?

HOMBRE. A lo mejor aumenta la luz.

NIÑO. ¿Qué?

HOMBRE. Puede que abra la boca más, el gigante.

NIÑO. ¿Ah sí?

HOMBRE. Claro.

NIÑO. ¿Cuándo?

HOMBRE. Pues, por ejemplo, si tiene que devorar a alguien muy grande, entonces abrirá la boca mucho para que le quepa todo el cuerpo entero dentro. Y será bonito porque la luz iluminará las costillas de la criatura marina y veremos bien los trozos de peces que hay a nuestros pies, y las tripas del gigante que son como un tobogán increíble. ¿Te gustaría?

NIÑO. *(Gesto de estupefacción.)*

HOMBRE. Vamos, dime ¿te apetece?

NIÑO. Pues...

HOMBRE. Habla.

NIÑO. *(Se tapa la cabeza con la sábana.)*

Escena 3.

HOMBRE. Vamos, Pinocho, levántate. Ya ha amanecido. Aunque ya lo habrás notado porque aquí no hay persianas.

NIÑO. ¿Cómo que no? Claro que sí. En la ventana que hay al lado de la mesa en la que yo estudio tiene que haber una persiana.

HOMBRE. ¿Todavía sigues sin creerte que estamos dentro del pez? Pues llevamos tres días aquí.

NIÑO. ¿Tres días?

HOMBRE. Ninguna pesadilla dura tanto.

NIÑO. Pues que se acabe ya.

HOMBRE. Venga, vamos a recorrer juntos el pez.

NIÑO. Yo lo que quiero es irme de aquí.

HOMBRE. Ya has visto que en todo este tiempo no ha pasado nada malo.

NIÑO. Ni nada bueno.

HOMBRE. Confía en mí.

NIÑO. *(Se encoge de hombros.)*

HOMBRE. ¿Seguro que alguna vez has deseado viajar en un barco? Pues lo de ahora es bastante parecido.

NIÑO. No tanto.

HOMBRE. Que sí. Esto es como una aventura. Imagina que estamos en un camarote, ¿escuchas el ruido del mar?

NIÑO. ¿Por qué me has traído a este sitio?

HOMBRE. No te enfades. Yo solo quiero que estés bien.

NIÑO. Pues no estoy bien. No quiero ser la digestión de nadie. No me gusta este pez.

HOMBRE. Pues tú sí le gustas mucho a él, de lo contrario no te habría tragado enterito.

NIÑO. (*Expresión de extrañeza.*)

HOMBRE. Je je je es una broma. Ríete hombre, hay que tomarse las cosas con humor.

NIÑO. Pero hay cosas que no tienen gracia.

HOMBRE. Escúchame bien, nunca le hagas ascos a una risa, pequeño, aunque sea de las que duele un poco en la garganta.

NIÑO. (*Gesto de desacuerdo con la reflexión del HOMBRE.*)

HOMBRE. Hazme caso, que yo sé mucho de estas cosas.

NIÑO. ¿Ah sí?

HOMBRE. Tengo experiencia. Mucha. Y sabiduría.

NIÑO. Y oye...

HOMBRE. ¿Qué?

NIÑO. ¿Tú estás seguro de que estamos en mitad del mar?

HOMBRE. Claro. Este es un pez que navega por todos los mares y los océanos del mundo.

NIÑO. Pues yo no siento que se esté moviendo.

HOMBRE. Porque ahora mismo... (*Improvisando.*)...debemos estar atravesando el Océano Pacífico, que lo llaman así porque está en calma siempre.

NIÑO. Tú no sabes nada.

HOMBRE. ¿Qué?

NIÑO. En el Océano Pacífico hay olas y corrientes y mareas igual que en todos los océanos.

HOMBRE. ¿Ah sí? Venga, levántate y me sigues hablando de los mares.

NIÑO. ¿Y para qué quieres que me levante si no voy a ir a la escuela? Antes no me gustaba tener que ir todos los días a clase, pero esto es muchísimo peor.

HOMBRE. Lo siento. Me gustaría saber mucho y enseñarte, pero tienes razón, ni siquiera sé dónde está el Océano Pacífico.

NIÑO. No tienes ni idea.

HOMBRE. Pero sé una cosa muy importante y es que tienes que comer.

NIÑO. ¿Para qué?

HOMBRE. Para tener fuerzas durante todo el día.

NIÑO. ¿Y para qué? En este pez da igual que uno esté fuerte o débil.

HOMBRE. Tenemos que hacer la gimnasia diaria.

NIÑO. Qué tontería. Se recorre, andando, todo el cuerpo entero en un minuto, y luego no hay nada más que hacer en todo el día.

HOMBRE. Sí hay más cosas.

NIÑO. ¿Qué?

HOMBRE. Pues...

NIÑO. No hay nada.

HOMBRE. Me da igual. Pero vamos a recorrer el pez todas las veces que haga falta, y si te aburres, lo siento mucho, es tu problema.

NIÑO. (*Gesto de aburrimiento.*)

HOMBRE. Así que arriba. Me has oído. ¡A levantarse!

NIÑO. Vaaale...

HOMBRE. Venga, vamos a la cocina. A llenar el estómago.

NIÑO. ¿Tanta comida hay?

HOMBRE. Me refiero al del pez, ya sabes que su estómago es nuestra cocina y con dos persona está casi lleno.

(Ríe con ganas el HOMBRE. Sin embargo el NIÑO no acaba de encontrarle ninguna gracia a este asunto.)

Escena 4.

HOMBRE. ¡Buenos días!

¿Estás todavía en la cama?

Ya hace rato que abrió el sol la boca.

Arriba. ¿A qué esperas?

¿Qué te pasa?

¿Estás triste?

¿Por qué no me hablas?

HOMBRE. *(Mostrándole un extraño objeto puntiagudo lleno de aristas.)* Oye, mira. Mira lo que he hecho.

Afilando unas raspas grandes (ya sabes que este glotón se lo traga todo) he hecho un serrucho.

¿Qué te parece?

¿No me contestas?

Anímate hombre.

Que ya llevamos unas cuantas horas del día, y no podemos desperdiciar la luz que nos queda.

No te desanimes.

Ya sé que tú tendrías que estar en la escuela.

Seguro que pronto volverás a reencontrarte con tus compañeros de clase.

Pero mientras tanto yo puedo ser tu maestro.

¿Te gustaría?

Así hacemos nuestro propio colegio y de esa manera aprovecharemos el tiempo.

Es verdad que no te puedo explicar lecciones de geografía ni de océanos, pero te puedo enseñar otras cosas que tal vez te resulten útiles.

Venga. Levántate.

En la escuela no se puede quedar uno tumbado, hay que sentarse para escuchar bien atento al profesor.

El NIÑO le ha hecho caso.

HOMBRE. Así, muy bien.

¡Vamos allá!

Lo primero que quiero decir es que estoy muy contento de dar clases en esta escuela, y un poquito nervioso porque es la primera vez que me dedico a enseñar ¿lo sabías?

A ver si me sale bien lo de ser maestro.

El nombre de mi asignatura es “CARPINTERÍA”: “Primer curso de Carpintería”.

No lo puedo escribir en la pizarra porque no tengo.

Ah, ni tampoco hace falta tomar apuntes ¿vale?

Lo que se necesita es un serrucho como este y algo que cortar.

(Tomando un fragmento de tablón roto que tiene cerca.) Por ejemplo este trozo de madera de un viejo naufragio que se ha tragado nuestro amigo el comilón.

¿Qué te gustaría hacer con él?

NIÑO. No sé.

HOMBRE. Podríamos construir un juguete, ¿qué juguetes te gustan?

NIÑO. Me gustan las pelotas.

HOMBRE. ¿Un balón de madera?... creo que no es buena idea.

NIÑO. Me gusta volar cometas.

HOMBRE. Ehmm... tampoco...

NIÑO. *(Decepcionado.)* Puff.

HOMBRE. ¿Qué te parece si construyo un muñeco?

NIÑO. *(Gesto de desagrado.)*

HOMBRE. No, no te vuelvas a tumbar, ya veo que no te gustan los muñecos de madera. Claro... normal... es un pequeño trauma para ti...

HOMBRE. *(Desanimado, va a tirar la toalla.)* En fin. En realidad puede que esto de la carpintería no sirva para mucho.

NIÑO. Espera.

HOMBRE. ¿Qué pasa?

NIÑO. No tires esa tabla.

HOMBRE. ¿Por qué?

NIÑO. En la madera del barco pone algo, fíjate.

HOMBRE. Es verdad, hay una palabra. Creo que es su nombre.

NIÑO. ¿Su nombre?

HOMBRE. El nombre del barco.

NIÑO. Ah.

HOMBRE. Se llama “Esperanza”.

NIÑO. Es bonito.

HOMBRE. Si te parece puedo serrarlo en forma de rectángulo como si fuera un cuadro ¿quieres?

NIÑO. Genial, y lo colgamos junto a mi cama dónde yo lo vea.

HOMBRE. Eso no. Me temo que no.

NIÑO. Por favor, me hace mucha ilusión.

HOMBRE. No insistas, no podemos clavarlo.

NIÑO. ¿Por qué?

HOMBRE. No voy a darle martillazos a un clavo para fijar esa madera. Esto no es una pared. Tendríamos que pedirle permiso al pez, somos sus invitados. Y además supongo que le dolería.

NIÑO. Estoy seguro de que no se entera de nada.

HOMBRE. No lo sabemos.

NIÑO. (*Enfurrñado.*) Fuu.

HOMBRE. ¿Qué te pasa? ¿Ya estás enfadado otra vez?

NIÑO. (*Mintiendo.*) ¡No!

HOMBRE. Venga, te voy a enseñar como serrar esto.

NIÑO. (*Dolido.*) No quiero aprender.

HOMBRE. Pero...

NIÑO. (*Con resquemor.*) Tengo una idea ¿por qué no enseñas al pez?

HOMBRE. ¿Al pez? No te entiendo.

NIÑO. No. No me entiendes Geppetto. Nunca me has entendido. Y además, parece que quieras a este gigante bobo más que a mí.

HOMBRE. Te has enfadado porque no quiero colgar el nombre del barco sobre tu cama ¿a que sí?

NIÑO. (*Silencio.*)

HOMBRE. No hace falta que me contestes. Te conozco y sé que es eso lo que te pasa.

NIÑO. Pues sí, tienes razón eso es lo que me pasa. Había pensado que me traería suerte poder ver esa palabra tan bonita, ahí colgada, por las mañanas.

HOMBRE. ¿Por qué?

NIÑO. Jo. “Esperanza”. ¿Es que no sabes lo que significa?

HOMBRE. No seas tonto, hombre. No ves que este trozo de madera proviene de un barco que se ha hundido. Menuda “esperanza” para sus pobres náufragos. (*Ríe.*)

Se marcha de escena Geppetto.

Pinocho, muy enfadado, se desahoga rompiendo y convirtiendo en mil astillas el trozo de madera.

